

Alice Kellen

Donde todo brilla

 Planeta

PRIMERA PARTE

LO QUE OLVIDAMOS

(1989-2007)

UÑA Y CARNE, 1996

(Lo que olvidamos)

Según la paradoja del cumpleaños, en un grupo de veintitrés personas hay una probabilidad de más del cincuenta por ciento de que al menos dos de ellas cumplan años el mismo día. En un conjunto de sesenta personas, la probabilidad es casi del cien por cien. La gracia de esta verdad matemática es que contradice la intuición común porque la gente tiende a pensar que es mucho más difícil coincidir.

Pero ahí estaban ellos.

Nicki llevaba en la cabeza una corona de eucalipto y flores silvestres que su madre le había hecho para la ocasión y River aguardaba con impaciencia mientras la abuela Mila encendía las velas. Los dos cumplían siete años. Se inclinaron a la vez, sonrieron mirándose de reajo y pidieron un deseo antes de soplar.

«Nicki y River».

«River y Nicki».

Tan inseparables que aterrizaron en el mundo con tan solo cuarenta y siete minutos de diferencia. Y si a eso le sumamos que eran vecinos, podría decirse que no fue una sorpresa para nadie que se convirtiesen en uña y carne cuando aún usaban pañales.

Si esto fuese un cuento, empezaría así:

«Érase una vez dos familias que encajaron sin esfuerzo

como dos rebanadas de un sándwich de huevo. Ocurrió durante el invierno de 1989, cuando Vivien y Jim heredaron la vieja casa de un tío lejano y decidieron asentarse en Maine porque, en realidad, los Aldrich nunca habían pertenecido a ningún lugar, así que podían elegir dónde echar raíces y el destino quiso que, a tan solo unos metros de distancia, tras una valla recubierta de espesa hiedra, viviesen los Jackson. Después, su amistad surgió con tanta facilidad y naturalidad como la llegada de la primavera. Y colorín colorado...».

Pero, como no se trata de un cuento, seremos más precisos.

Pese a ser inseparables, las dos familias eran muy distintas.

El matrimonio Jackson tenía dos hijos: River y Maddox. Generación tras generación, todos habían nacido en Maine, habían vivido en Maine y habían muerto en Maine. Poseían un vínculo especial con el mar y, pese a la inestabilidad de la zona, podían predecir el tiempo echándole un vistazo rápido al cielo. El padre, Sebastian, se dedicaba a la pesca de la langosta, tal como había hecho su propio padre, su abuelo y su bisabuelo. La madre, Isabelle, regentaba un acogedor restaurante, El Anzuelo Azul, que tenía clientela durante todo el año y alcanzaba su esplendor en verano, durante la temporada turística.

Las personalidades de sus hijos parecían adaptarse a los cánones establecidos. Maddox, que era un año mayor que su hermano, era responsable y sereno, pero también un poco taciturno y reservado. Era observador como un halcón y le irritaban los halagos. Por el contrario, a River le gustaba gustar. Era impulsivo y nunca pensaba en las consecuencias, embaucador cuando tenía en mente un propósito y tan activo que no podía mantenerse quieto ni cinco minutos (le empezaba a picar el cuerpo o se mordía las uñas).

A la gente del pueblo le llamaba la atención que se pareciesen tanto físicamente y tan poco en todo lo demás; porque era innegable que habían heredado el cabello oscuro del padre y

los ojos azules de la familia materna. Pero ahí terminaban sus semejanzas.

En la casa de los Jackson reinaba el orden. Sebastian era metódico y pragmático, mientras que Isabelle se esmeraba por colocar cada cosa en su lugar y no soportaba ver hilos sueltos en la ropa o que las motas de polvo se asentasen sobre los muebles. Y tenían relojes por todas partes: en la cocina, en el salón y en las muñecas.

En cambio, los Aldrich vivían en las nubes y más allá.

Vestían ropa colorida, tenían pocas normas y eran muy creativos. Absurdamente creativos. Lo mismo les daba por pintar macetas con diseños étnicos que por hacer velas aromáticas o tejer bufandas. Cada vez que surgía algún conflicto, como decidir qué cenar o si Nicki se enfadaba porque su hermana Heaven le había roto un juguete, se organizaba una asamblea familiar y todos se reunían en el salón para hablar y ejercer su derecho a voto. Por cuestiones jerárquicas, la abuela Mila se encargaba de moderar.

A Nicki y Heaven se les permitía pintar las paredes de sus habitaciones, porque sus padres consideraban que ese lugar les pertenecía. No tenían un horario fijo para irse a la cama, les dejaban meter los dedos en el bote de la mermelada y elegían su propia ropa, algo que resultaba de lo más pintoresco, porque mezclaban colores y texturas sin orden ni concierto. Sin embargo, esa libertad no era ilimitada y para ver la televisión tenían que conseguir puntos haciendo tareas del hogar que luego canjeaban por valiosos minutos delante de la pantalla.

Cuando las dos familias se juntaban, cosa que ocurría casi a diario, era como mirar a través de un caleidoscopio. Al principio resultaba caótico, pero pronto todo adquiría nitidez y los tres espejos enfrentados que formaban un prisma triangular daban lugar a una explosión de colores y formas que sobrecogían por su belleza.

—¿Habéis pedido un deseo? —preguntó Vivien.

—Creo que River ha soplado antes las velas.

—No es verdad, Nicki —protestó el aludido.

—Venga, no discutáis en vuestro cumpleaños.

Se comieron su ración de pastel antes de salir al jardín. Sebastian Jackson había construido para sus hijos una casa de madera en un árbol de gruesas raíces que serpenteaban entre las malas hierbas. Nicki y River subieron por el tronco agarrándose a los tablones de madera que servían de escalera. La casita era maravillosa. Tras mucho insistir, River había permitido que Nicki la decorase, así que por todas partes colgaban carruseles de hilo con conchas de la playa y bellotas, en la ventana había una cortina floreada que tiempo atrás había sido un vestido de la abuela Mila, y la mesa de madera estaba llena de palitos y vasitos de arcilla en los que Nicki guardaba cosas.

River cogió uno que contenía semillas ovaladas.

—Mi hermano dice que todo esto es basura.

—Maddox no tiene ni idea. Son pociones mágicas, River. Mira, esta de arena de la playa te hace superfuerte y, si te comes los pétalos de las campánulas, te salen plumas azules por todo el cuerpo —dijo emocionada.

—¿Y para qué querría tener plumas?

—¡Pues para volar, tonto!

—No las necesito. Atenta.

River se asomó por la ventana y, con una sonrisa desdentada iluminando su rostro, se sujetó a una rama del árbol que era fina y estaba un poco arqueada.

—No deberías hacer eso. Si tu madre te ve...

—Bah. Ya tenemos siete años. Es nuestro día. ¿Y sabes una cosa, Nicki? —Cogió impulso y se balanceó como un mono—. Deberíamos hacer algo prohibido en cada cumpleaños. Se me ocurren un montón de cosas.

—River, ten cuidado. Podrías caerte.

Él puso los ojos en blanco y fanfarroneó:

—Si hasta puedo solo con una mano.

—Uy, mira, qué gusano tan bonito...

—¿Gusano? ¿Qué? ¿Dónde?

Un segundo después, River perdió el equilibrio. Las hojas del árbol parecieron agitarse con cierta alegría taimada mientras él se precipitaba al vacío. Hubo un golpe seco. Pum. Y luego un silencio profundo.

Nicki se asomó con el corazón en la garganta.

—¡Mamááá! ¡Papááá! ¡River se ha matado!

Años más tarde, al recordar aquel momento, él siempre se burlaría de la frase de ella diciendo: «Qué exagerada. Solo me rompí la pierna derecha. Y la muñeca. Y el dedo índice. Y me fisuré una costilla. ¿A quién no le ha ocurrido alguna vez?».

RIVER, AGOSTO DE 1998

(Lo que olvidamos)

—Toma, ve a llenar el cubo de agua.

—¿Por qué siempre me toca a mí? —protesté.

—Porque es la tarea más sencilla —contestó ella.

Decidí dejarlo estar porque Nicki podía debatir durante horas si lo consideraba oportuno y darme otras veinte respuestas. Era cosa de familia. Los Aldrich lo analizaban todo. Podrían haber formado parte de un experimento científico que consistiese en encerrarlos en una habitación blanca con tan solo una piedra y ellos habrían hablado sin cesar de la textura y la porosidad, la densidad y la tonalidad grisácea que, a su vez, habría derivado en la geología y la existencia de la humanidad.

Así que me acerqué hasta la orilla y llené el cubo de agua.

La playa estaba casi vacía. Unos metros más allá, nuestras madres estaban sentadas en sendas sillas plegables y bebían té casero de un termo mientras charlaban. Junto a ellas, Maddox leía un cómic con aire ausente.

—¿Y qué hago ahora?

—Coge una pala y excava un foso.

Hacer agujeros en la arena siempre me había gustado. Cuando éramos más pequeños, Nicki aseguraba que, si cavaba muy muy hondo, podríamos llegar a Australia y yo me lo creía y ponía todo mi empeño en ello; al menos, hasta que un día mi hermano me dijo que era idiota.

—La torre está curvada —le dije señalando el castillo de arena.

—Claro. Es porque un dragón le ha lanzado una bola de fuego.

La observé mientras ella hundía piedrecitas alrededor de las ventanas del castillo. El sol se reflejaba en su cabello pelirrojo y enredado. Tenía la piel frágil, así que Vivien la embadurnaba con crema solar cada hora, sobre todo en las mejillas y la nariz, justo el punto en el que un puñado de pecas intentaban abrirse paso como estrellas en las noches despejadas. Sus cejas y pestañas eran rubias, algo que odiaría años más tarde, y poseía una belleza extraña porque tenía los ojos demasiado separados. En realidad, toda ella era rara. O eso decían nuestros compañeros de clase. Quizá fuese debido a su aspecto, aunque la extravagancia que rodeaba a los Aldrich ayudaba tan poco como la fascinación que Nicki sentía por la magia, las brujas y los mundos de fantasía.

—Estoy cansado —dije al cabo de cinco minutos—. ¿Nos bañamos?

—No. El agua está muy fría.

—Vale, pues tú te lo pierdes.

Lancé la pala al suelo y me encaminé hacia la orilla. El mar estaba en calma cuando me metí en el agua helada. Hundí la cabeza de golpe y, tras salir a la superficie, me quedé mirando las gaviotas que sobrevolaban el cielo. Semanas atrás, mi padre me había contado que, como los pingüinos, pueden beber agua del océano porque poseen una glándula de sal. Y luego lloran, literalmente. Las gaviotas expulsan lágrimas lechosas para eliminar el exceso salino. Sus glándulas tienen más potencia que un riñón.

Di unas cuantas brazadas hasta que me aburrí y regresé sobre mis pasos. Todo era mucho menos divertido sin Nicki. A medio camino, vi un trozo rojizo de vidrio marino.

—Mira lo que acabo de encontrar.

—¡Es precioso! ¿Dónde estaba?

—Cerca de la orilla. Te lo regalo.

—Lo guardaré en mi caja de los tesoros que brillan. —Me miró con seriedad mientras me daba el rastrillo—. Venga, te dejo hacer el camino del castillo. Es un honor.

«Desde luego», quise replicar en tono burlón, pero no lo hice. Aunque el resto del mundo lo ignorase, a mí me parecía que Nicki tenía algo magnético, una fuerza que irradiaba de dentro hacia afuera y que me invitaba a seguirla a ciegas.

Entonces todavía no era consciente de que aquello era recíproco y, con el paso del tiempo, nos uniría tanto como nos separaría, porque ella siempre se dejaría arrastrar por mis locuras y yo estaría constantemente rendido a cada una de sus fantasías.

NICKI, HALLOWEEN DE 1999

(Lo que olvidamos)

—¿Has conseguido alguna? —pregunté impaciente.

—Sí, dos. —Me dio las barritas de cacahuete y caramelo. Eran mis preferidas, por eso River había entrado en una casa terrorífica para buscarlas.

—Los sesos de cereza para ti.

Estábamos sentados en el sofá. Desde la cocina se oían las risas de nuestros padres porque la abuela Mila estaba contando una de sus anécdotas, quizá aquella del día que perdió las bragas en un concierto de los Rolling Stones. A Maddox le habían dejado quedarse a pasar la noche en casa de su mejor amigo, Dennis, y mi hermana Heaven estaba dormida. Así que River aprovechó la ocasión para poner uno de esos canales que mis padres no me dejaban ver. Se emitía una película de terror. A él se le dilataron las pupilas por la emoción, y sus ojos, que eran de un azul intensísimo, se oscurecieron cuando un hombre con una máscara apareció en escena con una sierra eléctrica en la mano y empezó a correr detrás de un joven para descuartizarlo.

—No sé si deberíamos ver esto.

—¿Por qué no? Es divertido, Nicki.

—Voy a cerrar los ojos y tú me lo cuentas.

—¿Qué gracia tiene si no lo ves?

—No quiero mearme en la cama.

River soltó una carcajada y engulló otro sesito de cereza.

—Está bien. Pues... el hombre está sonriendo y el chico acaba de esconderse en un baño portátil. Uy, qué mala idea. Mmm. Se asoma por una ventana pequeña. Parece que no hay nadie, pero... Espera. —Miré de reojo a River y lo vi inclinarse hacia el televisor—. Oh, oh, acaban de rebanarle la cabeza. Qué gracioso. Y ahora...

—¿Qué pasa? —balbuceé insegura.

—Le ha sacado los intestinos. ¡Me encanta!

—Chicos, ¿qué estáis viendo? —La abuela Mila apareció en el salón y se hizo un hueco entre los dos para acomodarse en el sofá—. Algo didáctico es obvio que no.

—Yo no quería, abuela, pero...

—Mila, ¿te gustan las películas de terror? —me cortó River, embriagado por el subidón de la adrenalina y el placer de lo prohibido.

—¡Por supuesto que sí! ¿Y a quién no?

«¡A mí!», quise gritar. Porque no entendía a qué venía tanto interés por toda esa sangre y esa impenetrable oscuridad y esos giros rápidos de la cámara...

—Apaguemos la tele antes de que nos riñan —dije.

—Están bebiendo vino, no se enterarán. Y si no, os cubro. —La abuela Mila me guiñó un ojo y, todavía sonriendo, le robó a River una gominola—. Disfrutemos.

No puedo decir que me sorprendiese.

Mi abuela sentía debilidad por River Jackson y nunca se había molestado en disimularlo. Además, siempre decía: «Las normas tienen que importarte lo justo y necesario, querida». O lo que es lo mismo: le daban igual y lo aplicaba a su vida.

La abuela Mila había estado casada cuatro veces.

Con su primer marido apenas estuvo un par de años; había muerto en la guerra de Vietnam. No en manos del enemigo, sino porque un compañero le disparó por accidente. Aquel su-

ceso desencadenó que ella se manifestase en contra de la guerra y se uniese al movimiento que se extendió por todo el país. Pasó de soñar con una cocina moderna en la que poder hacer asados y sopas a convertirse en una mujer decidida que se implicaba en cualquier causa perdida. Durante los siguientes años, vivió en una comuna *hippie*, se convirtió en un rostro habitual de Studio 54, posó para Andy Warhol y fue a juicio por golpear a su tercer marido en la cabeza con una sartén («se lo merecía», le diría ella al juez). Quiso ser pintora, acróbata y bailarina, porque le encantaba dar vueltas y vueltas hasta marearse y caer al suelo boca arriba. Y en medio de aquella existencia apasionante, llegó Vivien, mi madre, que no fue fruto de ninguno de sus matrimonios.

La abuela no le había dado una infancia convencional, eso era cierto, pero nunca le faltó amor. Y, años después, la relación que estableció con nosotras fue igual de divertida que la que había forjado con nuestra madre. Jugaba a disfrazarse, rodaba por los prados, se ponía frambuesas en la punta de los dedos y se manchaba de harina cuando hacíamos galletas con pepitas de chocolate. Le encantaba ir a la feria en Navidad para subirse al ti vivo y comer algodón de azúcar. Yo siempre sonreía tras el primer bocado y le decía: «Mírame, abuela, me estoy comiendo un trozo de nube de tormenta».

Por eso era mi referente. La tenía en un altar.

Quería ser como ella y no tener pelos en la lengua. O poder decir cualquier disparate sin sonrojarme. La abuela corría riesgos y no temía equivocarse, pero, cuando lo hacía, sabía arrepentirse con esa sabiduría que, según solía decir, solo se consigue con la edad y la experiencia. Y era auténtica, no estaba dispuesta a amoldarse por nadie.

Sin embargo...

Pese a que la teoría era perfecta, era incapaz de ponerla en práctica. Por aquel entonces, me inquietaba que algunos com-

pañeros de clase hubiesen hecho correr el rumor de que era una bruja, porque me gustaba la magia y tenía el pelo naranja. Y, además, a River le llegaban invitaciones de cumpleaños que, por lo visto, se extraviaban de camino a mi buzón. Si me enteraba, me pasaba los siguientes días pendiente del cartero como un halcón. Al contárselo a la abuela, me dijo: «¡Ellos se lo pierden! Escúchame bien, Nicki, querida, no dejes que te hagan daño, no les des ese poder».

Así que me repetía: «No importa, no importa».

Pero no conocía ningún conjuro para convencerme de ello.